

Colección El Libro Viajero
SIMBAD EL MARINO
WIFI
DIGITAL PRESS


Colección El Libro Viajero
SIMBAD EL MARINO
WIFI
DIGITAL PRESS

En tiempos del califa[1] Harún Al-Raschid,[2] recorría las calles de la ciudad de Bagdad[3] un hombre llamado Simbad. Era pobre, no tenía familia ni amigos, y para sobrevivir trabajaba como cargador, llevando pesados bultos sobre su cabeza.

Un día, más caluroso y húmedo que otros, Simbad el Cargador cruzaba la ciudad llevando con esfuerzo un pesado paquete. Las gotas de transpiración le bañaban el rostro, casi escondido por el turbante[4] aplastado, y humedecían sus pobres ropas.

A punto de caerse de cansancio, Simbad pasó frente a una casa. Seguramente era la vivienda de un hombre rico, porque se veía el suelo limpio, bien barrido y recién regado con agua de rosas.[5] Del interior salía un aire maravillosamente fresco. Tal vez porque esa casa representaba todo lo que la suerte le había negado, Simbad se detuvo y la miró con atención. Junto a la puerta

---

1 **Califa:** líder que ejerce la suprema autoridad religiosa y política en algunos territorios musulmanes.

2 **Harún Al-Raschid:** fue uno de los más famosos califas de Bagdad; gobernó desde 786 hasta su muerte, en 809. Durante su gobierno, el califato alcanzó el mayor esplendor cultural y económico.

3 **Bagdad:** actual capital de Iraq, esta ciudad fue fundada en el año 726 y pronto se convirtió en la capital del imperio islámico. Las ricas edificaciones, los parques y los jardines que se construyeron en el momento de su fundación, la convirtieron en una ciudad de renombrada belleza.

4 **Turbante:** atuendo característico de los territorios asiáticos, que consiste en una larga faja de tela que se enrolla alrededor de la cabeza.

5 **Agua de rosas:** destilado que se obtiene de los pétalos de rosas y que se usa en la elaboración de perfumes.

había un largo banco de madera, donde apoyó su carga, y respiró con ansiedad aquella brisa fresca y perfumada que salía del interior.

Se sentó en un extremo del banco para aliviar el dolor de sus pies cansados, y entonces notó que el aire traía —además del exquisito perfume— voces y sonidos de distintos instrumentos, como también el canto de muchas aves.

¡Qué agradable debía ser vivir en esa casa! Seguro que pertenecía a un gran señor o a un rico comerciante.

Simbad se asomó, curioso, a la puerta entreabierta. Por un momento pudo ver, al fondo, un gran jardín lleno de gente bien vestida, atendida por muchísimos servidores. Vio innumerables criados y objetos que solamente podían imaginarse en la casa de un rey o un sultán.[6]

Pero lo que más lo impresionó fue el aroma de los manjares deliciosos y de las fragantes bebidas que allí se servían en abundancia. Fue como si recibiera un golpe en plena cara: el golpe de su pobreza y de la falta de oportunidades, de las que él culpaba a la suerte.

Tuvo que retroceder y volver al banco, entristecido. Alzando los ojos al cielo, improvisó estos versos:

Cada mañana me despierto
más pobre que el día anterior,
mientras otros viven felices
con los bienes que la suerte les regaló.



6 **Sultán:** jefe que gobierna algunos territorios musulmanes.

Por eso mi tristeza aumenta a cada instante,
como la carga que llevo sobre la cabeza.
¿Cómo voy a pensar que son parecidos a mí
los que tienen fortuna, descanso y manjares en la mesa?

Y aunque lo sean, la suerte marcó
una diferencia entre nuestros hados:[7]
la misma diferencia que existe
entre los vinos exquisitos y el vinagre pasado.

Pero no creas, Señor, que te reprocho
porque nunca he disfrutado de tu generosidad.
Eres grande, sabio y justo,
y sé que me juzgarás con imparcialidad.

Al terminar de recitar, Simbad el Cargador se levantó, dispuesto a poner el paquete de nuevo sobre su cabeza y continuar su camino. Pero, justo en ese instante, un pequeño esclavo, vestido con gracia y hermosura, salió de la casa y lo tomó del brazo.

—Entra. Mi amo quiere hablarte —le dijo.

Simbad, demasiado asombrado para discutir, dejó su carga en el vestíbulo y lo siguió al interior de la casa. Cruzaron el patio y entraron en una sala muy grande, donde una muchedumbre de personajes importantes los miró pasar.

7 **Hado:** fuerza misteriosa que, según algunas creencias, actúa sobre los sucesos de la vida de los seres humanos.



Allí, era mucho más intenso el aroma de las bandejas repletas de comida, y el estómago del cargador se retorcía, rugiendo de hambre.

Para no tener que mirar las montañas de manjares, golosinas, frutos y flores que iban pasando a su lado, Simbad trató de fijar la vista en la nuca del esclavo que lo guiaba. Pero no hubo caso: los corderos asados parecían llamarlo por su nombre…

Apenas miró a las hermosas esclavas que se encontraban sentadas cada una con un instrumento musical, a la espera de comenzar una melodía, ni a los macizos guardias parados junto a las puertas con sus terribles alfanjes.[8]

En el centro de la sala, sentado sobre un lujoso almohadón, se hallaba el dueño de casa, un hombre de apariencia más que respetable. Su rostro era noble, y estaba enmarcado por una barba casi totalmente blanca.

Al inclinarse frente a él, Simbad dijo:

—¡Esta debe ser la casa de un sultán, de un rey legendario o de un genio poderoso!

Después se apresuró a cumplir con las normas de la cortesía, deseándoles paz a todos, besando la tierra entre sus manos y manteniendo la mirada baja como muestra de respeto.

El dueño sonrió satisfecho y lo invitó a sentarse a su lado en un almohadón. Siguiendo la tradición, le fue ofreciendo personalmente a su invitado del contenido de todas las bandejas. El estómago del cargador dejó de gruñir como una fiera y comenzó a cantar de dicha como un coro de ángeles.



8 **Alfanje:** especie de sable, corto y corvo.

Cuando sintió que ya no le cabía ni un carozo de dátil, el cargador dio las gracias al dueño de casa por su generosidad y a los presentes por haber sido amables con él, y se lavó en un aguamanil.[9]

Pero el dueño de casa no estaba dispuesto a dejarlo marchar. Lo había atendido según la tradición para poder hacerle algunas preguntas.

—¡Alá[10] bendiga tus días, querido huésped! ¿Puedes decirme tu nombre y tu profesión? —le preguntó con amabilidad.

—¡Oh, señor! Mi nombre es Simbad el Cargador, pues ese es el único trabajo que he tenido.

Al dueño de casa pareció encantarle la respuesta, porque aplaudió con entusiasmo.

—¡Qué maravillosa casualidad! Porque sabrás, mi humilde amigo, que mi nombre también es Simbad. Solo que a mí me apodan "el Marino". Y no quisiera dejarte ir hasta haber escuchado nuevamente las palabras que dijiste allá afuera, junto a mi umbral…

—Mi señor, preferiría coserme la boca antes que ofenderte repitiendo esos versos que me dictó la amargura. Porque la miseria hace que el hombre sea descortés, y tontas sus palabras.

Pero Simbad el Marino le contestó:

—De ninguna manera consideré que tus palabras fueran descorteses o tontas. Repítelas y te explicaré por qué.

El cargador recitó entonces los versos que le pedían.



9 **Aguamanil:** palangana que se usa para lavarse las manos.
10 **Alá:** nombre que dan a Dios los que hablan árabe.

Primer viaje de Simbad el Marino

Yo era hijo de un honrado comerciante de Bagdad. Tras muchos años de trabajo duro, mi padre había obtenido una gran fortuna, y yo la heredé siendo muy joven. Desde su muerte y hasta que fui mayor de edad, me trataron como a un príncipe. Me concedían todos los deseos, aunque fueran costosos. Y cuando recibí mi herencia, no vi razones para cambiar de vida. Tenía tierras y una buena cantidad de oro. Pensé que me iban a durar toda la vida.

Me dediqué a disfrutar de las comidas y las bebidas más exquisitas, y no paraba de organizar fiestas para todos mis amigos. Pero, como no trabajaba, ningún dinero venía a reemplazar los montones de oro que iba gastando.

Así fue como un día descubrí que ya no tenía nada más que lo puesto y algunos muebles y ropas.

Entonces reuní lo poco que me quedaba en el mundo y lo vendí. Me pagaron tres mil dracmas.[11] Algo debía hacer, y pronto, antes de caer en la miseria.

Ese mismo día, con mi escaso capital, compré algunas mercancías y me fui al puerto. Zarpé en un barco de mercaderes rumbo a la ciudad de Basora.[12]

---

11 **Dracma:** antigua moneda griega de plata.
12 **Basora:** ciudad portuaria situada 545 km al sur de Bagdad, cerca del Golfo Pérsico.

Traté de alcanzar al barco sobre este extraño medio de transporte, pero era imposible… Un buen viento hinchaba las velas y el capitán debía estar muy aliviado de alejarse de aquel sitio.

Me quedé solo en medio del mar, sin agua potable ni comida y, lo que es peor, sin esperanzas de que regresaran a buscarme.

Al cabo de dos días aterradores, llegué a la pequeña playa de una isla rodeada de acantilados.[13] Vi unas plantas trepadoras que echaban sus raíces sobre la pared rocosa hasta llegar a la cumbre y fui subiendo por ellas. Mi cansancio era atroz, pero la sed y el hambre que sentía eran mayores. Sobre los acantilados se extendía una llanura ondulante y muy verde, y al rato de caminar por ella encontré, junto a un arroyo de agua dulce y cristalina, unos árboles cargados de fruta.

Allí me quedé varios días, porque durante el tiempo que había estado en el mar algunos peces me habían mordisqueado las piernas, y necesitaba tiempo para que cicatrizaran mis heridas.

Al sexto día de mi llegada, me pareció ver a lo lejos, cerca de la costa, un animal insólito. Lleno de curiosidad, me encaminé al lugar donde se encontraba.

Mi corazón no quería creer que fuera un monstruo, pero mi ánimo, después del encuentro con aquella ballena gigante, estaba un poco alarmado, y me pedía que tuviera cuidado. Así, un poco avanzando y un poco frenando, me acerqué lentamente a la enigmática figura.



---

13 **Acantilado:** tipo de costa que se eleva verticalmente sobre el mar.

Cuando pude verla con claridad, descubrí que se trataba de una yegua atada a un poste. Al mirarla mejor, me pareció un magnífico animal y traté de acercarme más. Pero en eso se escuchó un grito tan intenso que me heló la sangre en las venas. Me detuve, al ver que la tierra se movía delante de mí y de allí brotaba un hombre. Se acercó dando grandes zancadas, tan rápido que no tuve tiempo de salir corriendo.

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes? —me preguntó.

Le conté rápidamente la experiencia de mi viaje como comerciante, y le hablé de la ballena que habíamos confundido con una isla y de cómo yo había terminado abandonado en alta mar.

—¡Sígueme! —me ordenó, y yo no pude resistirme porque me tomó del brazo y me obligó a seguirlo.

La tierra volvió a abrirse a nuestros pies, entramos en una caverna subterránea y, al rato de recorrerla, llegamos a un salón. El hombre me hizo señas para que me sentara y trajo comida, que yo devoré contento y sin vergüenza.

Cuando terminé, le agradecí. Luego, tratando de ser lo más educado posible, le pregunté por qué vivía en una caverna y por qué ataba a su yegua afuera, a la intemperie.

—No es mía —me contestó—. Esta, y otras más que se encuentran alrededor de la isla, son del rey Mihraján. El rey tiene mucho interés en que sus yeguas tengan cría con los caballos marinos, porque los potrillos valen una fortuna. Mañana, los otros guardias y yo debemos volver a nuestro país. ¡Ven con nosotros!

Acepté agradecido su invitación, y seguimos charlando hasta que pasó la noche y llegó el nuevo día.



Entonces embarcamos los espléndidos animales y pusimos rumbo a la ciudad del rey Mihraján.

Al llegar, fui llevado ante el rey y él me pidió que le relatara mis aventuras. Lo hice sin saltearme ningún detalle, y se mostró tan sorprendido de mi voluntad para sobrevivir, que me tomó a su cuidado y me nombró Director de Puertos de su reino. Eso no evitó que yo siguiera yendo al palacio a charlar con él y, con el tiempo, me convertí en su mejor consejero. Desde entonces, aproveché mi influencia para ayudar a los habitantes más humildes.

Mientras estuve bajo las órdenes del rey Mihraján, vi cosas increíbles, que no encontré en ningún otro lugar del mundo. Un pez más largo que el barco más largo, y otro cuya cara parecía la de un búho…

Pero mis nuevas ocupaciones no alcanzaban para sacarme de la cabeza mi tierra natal, y preguntaba por ella a todos los viajeros que llegaban a la isla. Ninguno podía responderme, porque nunca habían oído hablar de Bagdad ni tenían idea de qué dirección se debía tomar para encontrarla.

Cuando ya estaba perdiendo la esperanza de volver a mi tierra, llegó un día al puerto un barco lleno de comerciantes, que inmediatamente bajaron sus mercancías.

—¿Bajaron todo? —le pregunté al capitán.

—Quedan algunas mercancías —me contestó—, pero su dueño se ahogó en alta mar, y si las sacara y consiguiera venderlas, sería para llevarles la ganancia de la venta a sus parientes en la lejana Bagdad.

Emocionado, le pregunté:

—¿Y cómo se llamaba ese mercader?



—Simbad el Marino —fue la respuesta.

—¡Yo soy Simbad el Marino! —exclamé, sin poder contenerme.

Le conté la historia del barril de madera, y no me detuve hasta relatarle cómo había llegado a ser Director de Puertos del rey Mihraján.

—¡Impresionante…! —dijo el capitán, cuando terminé mi relato.

—Sí, ¿verdad? —repuse, satisfecho de su actitud.

—Impresionante —siguió diciendo— es su capacidad para mentir, y querer robarse algo que no es suyo. ¡Todos en el barco vimos cómo se ahogaba el verdadero Simbad!

Por un momento, no supe qué contestarle. Pero luego recordé nuestras charlas en cubierta y le dije algunas cosas que solamente sabíamos él y yo.

Afortunadamente, eso bastó para convencer al capitán, y entonces me devolvió mis mercancías. Yo me apuré a llevarlas al mercado, donde las vendí con tanta ganancia que volví a convertirme en un hombre rico.

Fui a despedirme del rey, porque pensaba volver a Bagdad con ese mismo barco. Mihraján se mostró muy apenado por mi partida, pero también feliz por mi suerte. Me obsequió valiosos presentes, que no tuve valor de vender y que pueden ver aquí, engalanando el salón, y también me regaló los perfumes que hacen tan grato este lugar: sándalo, incienso, alcanfor y mirra.[14]



14 **Sándalo, incienso, alcanfor y mirra:** sustancias aromáticas muy preciadas, que se obtienen de diversos vegetales.

Pronto estuve sobre la cubierta del barco, respirando el aire marino mientras veía acercarse las torres y los minaretes de Bagdad, la ciudad de paz.

Una vez desembarcado, corrí a mi casa para encontrarme con mi familia y mis amigos. Con las riquezas que traía compré gran cantidad de tierras, casas y propiedades. Y tuve una fortuna aun mayor que antes de morir mi padre.

Esta nueva vida tuvo la virtud de curar mis viejas heridas, la tristeza, el desamparo, el peligro. Y ese fue mi primer viaje.

Mañana les contaré el segundo de los siete que llevé a cabo. Pero ahora, mis amigos… ¡comamos!

* * *

Ofreciendo una bandeja a Simbad el Cargador, Simbad el Marino lo invitó no solo a cenar, sino a la reunión del día siguiente. Y antes de que se retirara, le obsequió una bolsa con cien monedas de oro.

Al día siguiente, Simbad el Cargador se presentó temprano en la casa de su benefactor, que al verlo lo recibió con alegría. Como si se tratara de un amigo de toda la vida, Simbad el Marino lo convidó nuevamente con los más exquisitos manjares.

Y comieron y bebieron y se divirtieron, y al fin se hizo un silencio satisfecho en torno a las esclavas, que tocaban con gracia los instrumentos musicales. Pero ellas también callaron cuando el dueño de casa se dispuso a continuar con la historia de sus viajes…



Segundo viaje de Simbad el Marino

¡Ah! ¡Qué buena y dulce era la vida al regresar de mi primer viaje! Pero mi espíritu anhelaba más aventuras y mejores negocios, así que al tiempo me dirigí al zoco,[15] donde gasté una pequeña fortuna en mercaderías que planeaba exportar. Una vez empacadas, las hice llevar hasta la orilla del río, a una embarcación donde también viajaban varios de mis conocidos.

Nos hicimos a la mar y en pocos días desembarcamos en muchas islas, en las que realizamos fructíferos negocios y aumentamos enormemente nuestras fortunas.

Un día, llegamos a una isla muy bella, cubierta de árboles repletos de frutos jugosos, atravesada de arroyos límpidos, y envuelta en el canto de millares de pájaros. Decidimos desembarcar para visitarla, porque no estaba habitada.

En la isla paseé a la orilla de un arroyo sereno, y me alejé de los demás para recostarme a la sombra de un árbol y comer algo antes de regresar a la nave. Soplaba en el bosquecito una brisa tan fresca que pensé que no me haría ningún mal dormir unos minutos.

Pero los minutos se convirtieron en horas sin que nada me perturbara, y cuando desperté me había quedado completamente solo.



---

15 **Zoco:** nombre que se le da al mercado en la zona de Marruecos.

La nave había partido con mis compañeros a bordo. Yo no había traído nada. Todo había quedado en el barco. ¿Qué haría?

“¡Estás perdido, Simbad!”, me dije. “No hay muchas posibilidades de que el Destino te favorezca de nuevo.”

Pero luego pensé que la desesperación era mala consejera, y decidí ponerme en marcha, a ver qué me reservaba la suerte.

Había caminado un rato, pensando cuál sería el mejor plan de acción, cuando me di cuenta de que era un riesgo terrible viajar sin armas por un lugar desconocido. ¿Y si una fiera me atacaba?

Busqué un árbol de muchas hojas y de buena altura para treparme y ver más lejos. Una vez arriba, me pareció divisar en el horizonte algo parecido a un gigantesco fantasma blanco. Mi curiosidad fue más fuerte que mi miedo, y me bajé del árbol para ir en aquella dirección. Al acercarme, me di cuenta de que el fantasma era la silueta de una cúpula de un blanco resplandeciente, ancha y altísima. Di varias vueltas alrededor de ella, buscando en vano una puerta. Solo sirvió para que pudiera averiguar sus dimensiones: su circunferencia medía cincuenta pasos.

Sin aviso, el día se convirtió en noche, y se levantó un viento frío. Me di vuelta, pensando que una gran nube de tormenta habría tapado el sol, ¡y vi que del cielo descendía un pájaro negro, tan grande como la isla!

Todos los marinos conocemos la leyenda del ave Roc, un animal tan fabuloso que puede levantar un elefante como otras aves levantan un ratoncito. La leyenda es real y está viva. Yo la vi, como los veo a ustedes ahora. Y también vi sus huevos, porque eso era la cúpula. Un huevo monstruoso, hundido a medias en la tierra, que el ave se preparaba a empollar. Descendió



levantando un huracán con sus alas extendidas y cubrió completamente el cascarón.

Y, al bajar el ave, también descendió sobre mi espíritu una gran calma, porque ya sabía lo que debía hacer para salir de aquella isla deshabitada… Me saqué el turbante, extendí la tira de tela, la retorcí para usarla como una soga, y me até a una de aquellas garras que parecían árboles.

Tarde o temprano el ave levantaría vuelo y me llevaría con ella.

Y así fue. Al día siguiente, el ave abandonó su huevo lanzando un grito impresionante, y remontó vuelo. Me llevaba a mí, atado a su pata. Las cosas que vi desde el aire, a una altura increíble, no las voy a contar hoy, pero ya se las relaté a los hombres de ciencia, que seguramente les encontrarán alguna utilidad.

Después de unas horas de vuelo, el ave Roc descendió en un paisaje rocoso.

Sin perder tiempo, me desaté y me alejé. La vi remontar vuelo. En el pico llevaba una serpiente negra gigantesca y de aspecto desagradable. Estaba por alegrarme por mi escape, cuando me di cuenta de que había llegado a un lugar que no era mucho mejor que la isla deshabitada.

El ave me había dejado en el fondo de un desfiladero[16] ancho y profundo, rodeado por todos lados de montañas imposibles de escalar. Allí ni siquiera había un arroyo o un árbol frutal… Me había condenado a morir de hambre en unos días…

"¿Acaso voy a comer esas rocas brillantes que parecen

16 **Desfiladero:** paso estrecho entre montañas.

diamantes?”, me dije con amargura. Y aunque se trataba de una pregunta sarcástica,[17] me obligó a mirar con más atención. Esas rocas no parecían diamantes… ¡Eran diamantes! Diamantes enormes, desperdigados por todo aquel valle inaccesible.

El horror vino después, cuando vi moverse bajo la sombra de la montaña a los guardianes de aquellas riquezas innumerables. Serpientes negras. Serpientes tan grandes que, en comparación, la que se había llevado el ave Roc parecía una lombriz. Me alejé lo más que pude de ellas, aunque me dio la impresión de que no salían a la luz del sol por miedo a que el ave volviera.

Entonces vi una caverna. La entrada era tan angosta que apenas me permitió pasar. Allí me escondí durante la noche, deseando que las serpientes no me descubrieran. A la mañana, con el sol bien alto, salí; estaba mareado y débil por la falta de comida. No había dado tres pasos cuando una enorme pierna de carnero cayó desde las alturas y dio un golpe apagado sobre la alfombra de diamantes.

Me pareció una burla del destino. ¡Toda esa carne ahí, y yo muerto de hambre a unos pasos, sin poder hincarle el diente!

Inmediatamente recordé una historia que había escuchado en el barco durante mi primer viaje. Hablando de tesoros inalcanzables, un comerciante de Damasco[18] contó que existía un valle inaccesible sembrado de piedras preciosas, donde los buscadores de fortuna arrojaban piezas de carne grasosa, para que

17 **Sarcástico:** que manifiesta burla o ironía.

18 **Damasco:** actual capital de la República Árabe Siria, es la ciudad más antigua que ha sido habitada de manera ininterrumpida. En la época del relato, era la sede del imperio musulmán.



las piedras se quedaran pegadas. Luego se sentaban a esperar que algún ave de gran tamaño descendiera para llevarse algunos de aquellos manjares para sus pichones. El aventurero, entonces, solamente tenía que seguir al ave hasta su nido, asustarla y arrebatarle los diamantes…

¡Este era el lugar!

La mitad de un gran carnero golpeó el suelo con estruendo, a unos pasos de mí, y me mostró la manera de huir con vida.

Rápidamente me llené la ropa con los diamantes más grandes y perfectos que pude encontrar. Valían varias veces más que toda mi fortuna.

Me quité el turbante —¡bendito sea su inventor!— y me amarré con fuerza al gran trozo de res.

No tuve que esperar. Pronto el suelo se cubrió de sombras que iban y venían. Unas garras gigantescas aferraron el medio carnero y nos elevamos, la carne y yo, cada vez más alto.

Por la forma de la sombra, descubrí que mi salvadora era un ave Roc, que en menos de un minuto alcanzó la cima de la montaña donde estaba su nido. Me desaté apenas soltó la carne, pero no estaba seguro de poder escapar si me descubría debajo de su almuerzo. Entonces se escucharon gritos y ruidos fuertes, que asustaron al ave y la obligaron a remontar vuelo.

Alguien levantó la pieza de carne y se llevó la sorpresa de su vida al no encontrar diamantes, sino a un hombre vivo. Me paré rápidamente para presentarme y agradecerle su ayuda.

Como el hombre estaba disgustado por haber perdido su botín, me pareció honesto elegir algunos diamantes de los que llevaba entre la ropa y obsequiárselos. Se alegró muchísimo al



verlos, porque jamás había logrado sacar tantas gemas ni tan grandes.

Bajamos al campamento, donde otros buscadores se interesaron en mi historia y me ofrecieron comida, abrigo y un lugar donde reponer fuerzas. Dormí un día y una noche enteros. Al despertar, me invitaron a acompañarlos y yo acepté gustoso.

Nos embarcamos y, después de un corto viaje, llegamos a una isla donde crecían unos árboles frondosos, de los que se saca la substancia blanca llamada alcanfor, que tiene un aroma muy grato. También me mostraron un karkadann, animal fabuloso que pace como las vacas, pero tiene en su cara un cuerno gigantesco y mortal. Con él, es capaz de matar a un elefante.

Seguí viaje con mis nuevos amigos y visité otras tierras, comerciando y ampliando mis posesiones, hasta que un hermoso barco los dejó a ellos en Basora y a mí en mi amada Bagdad. La noticia de mi regreso corrió de boca en boca, y así comencé a recibir la visita de todo tipo de personas, deseosas de escuchar el relato de mis aventuras.

Y la felicidad y el bienestar descendieron sobre mi casa, y ese fue el fin de mi segundo viaje.

Mañana les contaré las peripecias del tercero, que no fue menos interesante.

* * *

Invitó entonces Simbad el Marino a todos sus visitantes a cenar y divertirse, y antes del fin de la jornada ordenó que entregaran al cargador otras cien monedas de oro, y lo despidió afectuosamente hasta el otro día.



El pobre cargador no necesitó que le repitieran la invitación, y ya se encontraba levantado desde muy temprano, estrenando nuevas prendas, calzados y turbante. Desde que escuchó la historia del segundo viaje de Simbad, respetaba mucho más a su turbante.

Llegó a la casa a tiempo de almorzar, aunque lo que más le interesaba era no perder ni una palabra de los relatos de su benefactor, el hombre que se llamaba igual que él.

Cuando terminaron de comer y beber en abundancia, y de disfrutar de las hermosas melodías interpretadas por las esclavas, Simbad el Marino se acomodó en su almohadón y dio comienzo al relato.





Tercer viaje de Simbad el Marino

Al término de mi segundo viaje, parecía que no se podía recibir mayores bendiciones en la vida. Era un mercader inmensamente rico e influyente, con una hermosa familia y una multitud de amigos queridos. Los días transcurrían, dulces como el hidromiel, y yo los valoraba más al recordar los peligros que había pasado en alta mar. Pero el bienestar debilita la memoria, y todas las amenazas parecían lejanas y se desdibujaban a medida que despertaban en mí los deseos de retomar mi vida de viajero.

Así fue como un día volví a embarcarme con otros mercaderes para aumentar la herencia de mis descendientes. Durante el viaje conocimos nuevas tierras, nuevos rostros y culturas, a medida que nos alejábamos cada vez más de nuestra tierra natal. Una tarde vimos que el capitán no hacía más que tironearse de la barba y gemir con los ojos llenos de lágrimas. Fuimos a preguntarle qué le ocurría y él nos dijo:

—El viento traicionero nos ha traído hacia el mar que menos hubiera querido cruzar… Frente a nosotros se encuentra la Isla de los Monos. Nadie que haya desembarcado allí volvió para contarlo. ¡Estamos perdidos!

No había terminado de hablar, cuando vimos que el mar, entre la isla y nosotros, se había vuelto negro. Pero no se trataba de una cualidad del agua. Eran las cabezas de miles y miles de monos que venían nadando y nos rodeaban, mientras la playa y



la vegetación de la isla sufrían, por el mismo motivo, el mismo cambio de color.

No nos atrevimos a enfrentarlos, porque eran tantos que nos hubieran ganado inmediatamente. Subieron al barco. Entonces pude ver que eran mucho más horribles de cerca que de lejos. En unos minutos, se apoderaron de todas nuestras pertenencias, dirigieron el barco hacia la playa, donde encalló, y nos obligaron a bajar a tierra.

Increíblemente, aquellos monos feos y ruidosos se las arreglaron para alejarse con el barco y nos dejaron solos, sin armas ni comida. No nos quedó más remedio que lanzarnos a recorrer la isla, donde únicamente encontramos el consuelo de unos árboles frutales y de un arroyo de agua dulce.

Desde allí contemplamos un edificio, un gran palacio blanco que nos pareció abandonado. Sus puertas estaban abiertas y entramos, impulsados por la curiosidad. En el centro de un patio enorme había unos utensilios de cocina descomunales y restos de cenizas. Nada más. Allí esperamos la noche. Al atardecer apareció un gigante mucho más feo que los monos ladrones. Tenía los ojos rojos como el fuego, los dientes desparejos le sobresalían de la boca y el labio inferior le colgaba sobre el pecho. Las orejas eran como de elefante, y se movían independientemente de la cabeza. El gigante nos miró a todos y nos palpó uno por uno, para comprobar cuánta carne teníamos. Eligió al capitán, que era un hombre bastante corpulento, y delante de nosotros lo cocinó y se lo comió. Ninguno se atrevió a hacer un movimiento por miedo a despertar de nuevo su apetito. Lo vimos recostarse en un banco grande como una casa y, sin atrevernos a dar un



solo paso del miedo que teníamos, lo escuchamos roncar el resto de la noche.

El gigante se despertó por la mañana, nos echó una mirada y salió del palacio. Recién entonces nos volvió la sangre al cuerpo. Pasamos el resto del día pensando qué podíamos hacer para escapar, ya que la isla no tenía ni grandes bosques, ni cavernas, ni lugar alguno donde esconderse de un carnicero gigante y hambriento.

Uno de los comerciantes, poco preparado para la lucha, propuso que nos arrojáramos al mar, porque prefería terminar su vida bajo las olas, antes que en una fuente de horno. Otro, más aguerrido, sugirió buscar una manera de atrapar al gigante, para salvarnos nosotros y a futuros navegantes que llegaran a la isla. Yo propuse que construyéramos una balsa con las maderas abandonadas en la playa, porque lo más importante era tener una forma de salir de la isla aunque no llegásemos a matar al monstruo.

Todos estuvieron de acuerdo con mi idea. Inmediatamente pusimos manos a la obra, y trabajando entre todos armamos la balsa antes del anochecer. Cargamos agua potable y muchas frutas para sobrevivir a la travesía.

Con desesperación oímos las pisadas del monstruo que se acercaba. Subimos a la balsa y la impulsamos sobre la rompiente hacia el mar. No habíamos avanzado mucho cuando lo vimos parado sobre el techo del castillo, aullando con rabia ante la huida de sus provisiones.

Los compañeros menos sensatos decidieron hacerle burla; entonces, el gigante, herido en su orgullo, bajó a la playa corriendo, acompañado de su esposa, que era tan monstruosa como él.



Entre los dos comenzaron a arrojarnos grandes rocas, y lamento decir que con excelente puntería. Cuando la balsa estuvo por fin fuera de su alcance, solamente quedábamos tres hombres en ella.

Durante los días siguientes, también los otros dos marineros desaparecieron, porque en la primera isla que encontramos sirvieron para aplacar el hambre de una serpiente horrorosa.

Quiso la suerte que un barco cruzara a toda vela aquellas latitudes y respondiera a mis llamados de socorro. Y no exagero cuando alabo al inventor del turbante, porque con el mío improvisé una bandera y gracias a ella me vieron.

Mi estado era lamentable. Estaba vestido con harapos. Casi no tenía carne sobre los huesos. Me hallaba en el límite de la desnutrición. El capitán se compadeció de mí, y por muchos días únicamente me dediqué a dormir, comer y beber. El capitán también me ofreció algunas prendas para poder deshacerme de mis andrajos, que tiré al mar… todos, menos el turbante.

El barco nos llevó suavemente hacia una isla donde los mercaderes tenían mucho interés en comerciar. Como yo era el único que no tenía nada para vender o comprar, el capitán se acercó a mí y me ofreció una comisión, si podía vender con ganancia unas mercaderías que llevaba en la bodega.

—¿Y de quién son esas mercaderías? —le pregunté.

—Hace unos años vino con nosotros un viajero que se perdió en una isla. Nunca más tuvimos noticias de él, por lo que lo dimos por muerto. Si eres capaz de vender los productos que él embarcó, yo podré llevar a Bagdad el fruto de esa venta y entregárselo a su familia.



Yo no podía creer lo que estaba oyendo.

—Y dígame, capitán, el nombre de este comerciante… ¿no sería Simbad el Marino?

—¡Por las barbas del Profeta![19] —exclamó el capitán—. ¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque yo soy Simbad el Marino. Yo descendí aquel día en una isla donde me quedé dormido, y al no ver el barco tuve que usar un ave Roc para escapar. Y vi el valle donde los diamantes cubren la tierra y escapé atado a un trozo de carnero…

Mientras hablaba, uno de los comerciantes se había ido acercando, y al reconocerme saltó de alegría.

—Y yo puedo dar fe de que eres Simbad. Yo te vi descender en las garras del ave Roc, y las joyas que me diste en ese momento me convirtieron en un hombre rico y poderoso. Estás más delgado, amigo, pero no cabe duda de que eres tú.

El capitán lo oyó y estrujó su memoria, y al fin reconoció que yo era aquel pasajero perdido.

Así me reuní con mis mercaderías y las vendí con mucha ganancia. Y al cabo de unos días vi de nuevo la luminosa Bagdad, ciudad de paz.

Y ese fue el fin de mi tercer viaje. Pero, si regresan mañana, les contaré la historia del cuarto, y ustedes decidirán si no fue más interesante que los anteriores.

* * *

19 **Profeta:** referencia a Mahoma (570-632), fundador del Islam.

Los invitados brindaron en honor del narrador.

Luego, Simbad el Marino ordenó que le entregaran cien monedas de oro a Simbad el Cargador, y le pidió a este que no olvidara volver al otro día.

El cargador regresó a su casa maravillado por las aventuras de su benefactor, y al día siguiente se encontraba entre los primeros invitados, ansioso por escuchar el relato que seguiría a la comida.

Y cuando llegó el momento, Simbad el Marino contó lo siguiente…





Cuarto viaje de Simbad el Marino

Llegué de regreso de mi tercer viaje con más riquezas que las que había tenido en toda mi vida. No pasaba día sin que comprara algo: podían ser tierras, o una casa nueva, o camellos, o lo que fuera. Mi tesoro no disminuía. Si me hubiera quedado sin hacer nada, dejando que los años pasaran sin nuevas aventuras, aun así habría llegado a la vejez avanzada siendo inmensamente rico.

Pero no era ese mi temperamento. Había pasado menos de un año cuando volví a embarcarme con las mejores mercaderías que fui capaz de conseguir.

Durante muchos días viajamos de isla en isla, realizando excelentes negocios, hasta una mañana fatal en que, lejos de cualquier tierra, nos sorprendió una tormenta tan furiosa que nos hizo zozobrar. Ese día perdí todo lo que llevaba, y me encontré en medio del mar, aferrado a una tabla, con unos pocos comerciantes más. Éramos los únicos sobrevivientes.

Al cabo de un día de flotar a la deriva llegamos a una playa desconocida, donde unos hombres nos ayudaron a salir del agua y nos condujeron a su aldea.

Algo en esos hombres extraños me decía que no debía confiar en ellos, y ahora verán que tuve razón.

Cuando llegamos, sin decir una palabra nos pusieron delante un gran banquete y nos animaron para que comiéramos.



Yo decidí esperar, a ver qué ocurría; pero mis compañeros, muertos de hambre por las horas pasadas en el agua, decidieron probar aquellos alimentos.

Y ya no pudieron parar… No sé qué tenía la comida, pero me dio la impresión de que a cada bocado les aumentaba el hambre y no podían detenerse. Pronto perdieron la capacidad de pensar en lo que estaban haciendo, y se transformaron en bestias glotonas, que se llenaban la boca con ambas manos.

Aterrado, me di cuenta de que los pobladores de esa aldea eran antropófagos,[20] y que estaban engordando a las víctimas de su siguiente banquete. A mí, que estaba flaco y hambriento, y les debía parecer indigno de ser cocinado, me echaron de sus casas para que me las arreglara por mi cuenta.

Sin un arma, y debilitado por el hambre y el cansancio, comencé a vagar por la isla.

Mi único alimento era la hierba verde, que no llenó mi estómago pero al menos impidió que muriera.

Dos días después llegué al otro lado de la isla, donde encontré un grupo de viajeros recién desembarcados de un hermoso navío, que se ocupaban de recolectar granos de pimienta de los árboles que crecían allí. No me avergüenza decir que lloré de alegría al verlos.

Escucharon con ojos asombrados el relato de mis desventuras y enseguida me trajeron de comer y de beber, ofreciéndome su ayuda para salir de aquel lugar. Me contaron que ellos

---

20 **Antropófago:** persona que come carne humana.

venían de una isla cercana, y hacia allí nos embarcamos a la mañana siguiente.

Volví a caminar por las calles de una ciudad musulmana,[21] muy parecida a Basora. Una sola cosa me llamó la atención: ningún jinete tenía montura[22]…

Fui llevado ante el rey de aquella ciudad tan hermosa, y no pude callar mi curiosidad. Le pregunté al mismísimo rey si existía algún decreto que prohibiera montar con silla.

El rey me miró extrañado.

—No te comprendo… —me dijo—. ¿Qué es una silla de montar, exactamente? ¿Podrías hacer una para juzgar su utilidad?

—¡Escucho y obedezco! —le contesté, y me puse en marcha para buscar los materiales necesarios.

Pedí la presencia de un carpintero, al que hice tallar una silla de una sola pieza, indicándole exactamente lo que quería. Luego me llevé la pieza y yo mismo la forré con lana y cuero y la decoré con bordados de oro y borlas de colores, como corresponde a la silla de un rey. Pedí que un herrero se hiciera presente y le enseñé a fabricar los estribos[23] y el bocado,[24] supervisando todo el trabajo personalmente.

Cuando la montura estuvo terminada, busqué en los establos del rey el mejor caballo. Lo ensillé y lo llevé ante su presencia.

21 **Musulmán:** que profesa la religión de Mahoma.
22 **Montura:** conjunto de arreos que se usan para ensillar un caballo.
23 **Estribo:** pieza de metal, madera o cuero en la que el jinete apoya el pie.
24 **Bocado:** parte del freno que entra en la boca del caballo.



El rey, entusiasmado, lo montó, y no dejó de notar que con ese añadido era mucho más seguro subirse a un caballo, y resultaba más cómodo galopar, trotar o correr con él. Tan encantado quedó con el invento, que no dudó en pagarme generosamente.

No pasó mucho tiempo antes de que toda la corte se enterara de la novedad, y vinieran a pedirme sillas para cada uno. Fueron días felices y ocupados, que me hicieron olvidar el terror vivido en la isla de los comedores de carne humana. Y todos me pagaron con grandeza, así que en poco tiempo volví a convertirme en un hombre rico y respetado.

El rey no dejaba de decirme lo mucho que me quería, y a cada rato manifestaba su preocupación por la llegada del día en que quisiera volver a mi tierra. Pensaba que, si yo me casaba con una mujer del reino, ya no los abandonaría. Y la verdad es que yo estaba tan agradecido con los que me rescataron, que accedí a su pedido sin meditarlo, y él en persona me eligió una esposa, y nos regaló un palacio y muchos esclavos para que nos atendieran. Pero el destino me tenía preparada otra trampa, y ya verán cómo caí en ella…

Un día falleció la esposa de mi vecino, y lo vi tan triste y angustiado que traté de consolarlo en su dolor. Pero él me contestó como si lo hubiera insultado: me dijo que de nada le servían mis palabras cuando él también moriría en unas horas.

Quise saber a qué se refería, y así me enteré de que en aquel reino había una costumbre por la cual ambos esposos eran enterrados juntos, hubieran muerto los dos o uno solo.

Eso significaba que el esposo sobreviviente… ¡era enterrado vivo!



Me pareció una costumbre detestable, y corrí a preguntarle al rey si yo, como extranjero, también debía cumplirla. El rey me miró con aprecio y me dijo:

—Mi querido Simbad… tú ya no eres extranjero en esta tierra. ¡Claro que deberás cumplirla!

Desde entonces viví aterrorizado, cuidando de mi esposa como si se tratara de una joya irreemplazable, pero de nada sirvió. Un día ella se enfermó; en las siguientes semanas fue desmejorando sin que los médicos pudieran hacer nada, y finalmente murió. De ese modo me condenó también a mí a ser enterrado.

Nunca olvidaré la triste procesión que acompañó a mi entierro. El rey iba a mi lado para darme consuelo, y toda la corte venía detrás.

Llegamos a una montaña que daba sobre el mar. En la cima había un pozo de gran tamaño, y por allí bajaron con cuerdas el cuerpo de mi esposa, adornado con las mejores joyas que tenía. Yo mismo, cuando me ataron y me bajaron hasta el fondo, estaba vestido con las sedas más finas y cargado de anillos y cadenas de oro y tantas piedras preciosas que podrían haber comprado un reino.

Allí estuve muchos días, alimentándome con unos panes que había conseguido meter entre mis ropas, vagando sin rumbo entre huesos antiguos y recientes, desesperado y solo. En un momento, un ruido me llamó la atención y me puse a seguirlo.

Al rato de caminar en la oscuridad, tropezando continuamente con los huesos que había por todos lados, vi una pequeña luz adelante, y una corriente de aire fresco me acarició la cara.



El ruido lo había hecho un animal que ahora estaba escapando por un hueco del muro, que desembocaba directamente en la playa. Llorando de felicidad por verme de nuevo en el exterior, lo seguí. Allí pasé algún tiempo: entraba en la tumba colectiva de aquel reino nefasto y sacaba cuantas joyas y objetos de valor podía encontrar entre los huesos. Con ellos hice paquetes, mientras esperaba el paso de alguna embarcación amiga que me transportara lejos, quizás de vuelta a mi tierra. Llevaba dos días sin pan ni agua potable cuando vi que una nave pasaba cerca de la costa con sus velas desplegadas. Les hice señas con mi turbante (nunca dejaré de alabar a su inventor) y enviaron una chalupa[25] a buscarme.

El capitán se mostró muy curioso por saber cómo había llegado yo al pie de esa montaña, ya que pensaba que se trataba de una isla deshabitada.

Le conté mi historia como comerciante hasta el día en que el barco zozobró, y le dije que desde entonces esperaba el paso de una nave salvadora. No quería correr el riesgo de que algún tripulante hubiera nacido en aquel reino cruel y me obligara a cumplir sus leyes. Para pagar mi viaje, y como muestra de gratitud, saqué de un envoltorio un hermoso brazalete de oro con incrustaciones de diamantes, zafiros y rubíes, y se lo ofrecí al capitán.

Pero, para mi sorpresa, él se negó a recibirlo.

Emocionado por aquel hombre recto y generoso, le deseé una larga y fructífera vida, y le conté que era originario de Bagdad, la ciudad de paz.



25 **Chalupa:** embarcación pequeña, que suele tener dos palos para las velas.

El capitán dio las instrucciones necesarias para poner rumbo a mi tierra, y en pocos días me hallé de nuevo en medio de mi familia y mis amigos, mucho más rico de lo que era al partir.

Y ese fue el fin de mi cuarto viaje.

Si desean oír de mis labios el relato del quinto, deberán esperar hasta mañana. Ahora comamos y bebamos.

* * *

Terminada la cena, Simbad se despidió de sus invitados, y ordenó como los días anteriores que le fueran entregadas al cargador cien monedas de oro.

En cuanto a Simbad el Cargador, aquella noche pudo dormir muy poco, de tan impresionado que quedó por la suerte de su amigo, enterrado vivo bajo una montaña, en la oscuridad, y rodeado por cadáveres y huesos polvorientos. Tampoco le resultaba fácil olvidar a los antropófagos, y deseó que jamás el destino lo llevara a lugares tan espantosos.

Al día siguiente, un poco amodorrado, se presentó en la casa del marino justo a tiempo para sentarse a comer un abundante almuerzo entre los demás invitados, mientras esperaba con ansiedad el momento en que el dueño de casa continuara con sus extraordinarios relatos.

Al fin las bandejas fueron retiradas, la música cesó, y después de aclararse la garganta con un sorbo de vino, Simbad el Marino inició su relato.



Quinto viaje de Simbad el Marino

La riqueza y las delicias de la buena vida hicieron que, al poco tiempo, olvidara los sufrimientos de mis últimos viajes y solamente recordara las ganancias que me habían proporcionado.

Un día, paseando por Basora, vi anclada en el puerto una nave nueva, que me pareció veloz y muy maniobrable. Estaba en venta. O, mejor dicho, lo estuvo hasta ese momento, porque un rato después yo la había comprado. Sin perder tiempo, comencé a llenar las bodegas de mercaderías con la idea de iniciar un nuevo viaje. Contraté un capitán con experiencia y marineros.

Varios comerciantes, al saber que estaba a punto de partir, pagaron honradamente su pasaje y subieron sus cargas. En pocos días estábamos navegando hacia nuevas tierras, en busca de mercados para nuestros productos.

Todo iba bien, hasta que divisamos una isla que nos pareció desierta, y algunos mercaderes decidieron bajar para estirar las piernas y tenderse a la sombra de un bosquecito.

Al comenzar a recorrerla, descubrieron una cúpula blanca, aparentemente sin ocupantes, y se divirtieron arrojándole piedras. Yo, que los veía desde el barco, no podía hacer nada para detenerlos, y estaba seguro de que se trataba de un huevo de Roc. Al final las piedras quebraron el cascarón, y quedó a la vista el pichón gigantesco.



Espantados, los mercaderes volvieron al barco con los restos. Los atemorizaba la idea de que la criatura monstruosa que había puesto ese huevo pudiese aparecer.

—¡Y estén seguros de que lo hará! —les advertí—. Acaban de condenar este viaje al desastre, a menos que zarpemos inmediatamente y nos alejemos lo más posible de la isla…

Pero ya era tarde. Habíamos alcanzado el mar abierto cuando dos sombras ocultaron la luz del día. Un macho y una hembra de Roc sobrevolaban la nave a gran altura, llevando entre sus garras enormes piedras.

La primera soltó su carga, pero el capitán hizo virar la nave y la esquivamos. La piedra golpeó en el mar con tanta fuerza que levantó olas grandes como palacios, pero la nave soportó el embate y siguió a flote. Con la segunda no tuvimos suerte. Golpeó la popa[26] del barco y lo destrozó. En unos minutos me vi nuevamente flotando sobre un pedazo de la embarcación, que me sirvió de balsa durante largos y angustiosos días.

Al fin, las corrientes marinas me arrojaron a una playa. Al borde de la muerte, me arrastré como pude hasta los árboles y me tiré a descansar unas horas. Al despertar, miré a mi alrededor y tuve que reconocer que el Destino me había dado una tregua, pues me había conducido hasta un jardín que únicamente podía compararse con el Paraíso. Hacia donde mirara había árboles con frutos apetitosos, arroyos clarísimos, aves de plumajes coloridos y flores que acariciaban los sentidos con su color y su aroma.



26 **Popa:** parte posterior de una embarcación.

Comí y bebí y descansé, y volví a comer y beber sin dejar de agradecer a la suerte que me había llevado hasta allí.

En ese lugar, un hombre podría pasar el resto de su vida dedicado a la contemplación, sin que jamás le faltara comida o agua pura. La paz del lugar era perfecta.

Pero yo soy un hombre de acción, y no podía quedarme quieto mirando cómo pasaban los días. Retomé la marcha, para explorar el resto de la pequeña isla, y siguiendo un arroyo llegué hasta el estanque donde vertía sus aguas. Me sorprendió encontrar allí a un anciano sentado sobre una roca con expresión triste. Me acerqué para presentarme y ofrecerle mi ayuda. ¡Tal vez fuera un náufrago como yo, varado en esta isla desde muchos años atrás!

Lo saludé y me contestó sin decir ni una palabra. Luego, mediante señas, me pidió que lo cargara hasta el jardín para tomar unas frutas. Era evidente que no podía caminar por sus propios medios. Lleno de compasión, permití que se me subiera sobre los hombros cruzando las piernas sobre mi pecho, y así lo llevé hasta los árboles frutales, donde se sirvió a gusto de todas aquellas jugosas delicias.

El problema fue cuando quise bajarlo. El anciano no quería soltarse. Traté de que me liberara apelando a la fuerza, pero apretó los muslos contra mi cuello con tanta fuerza que comencé a ahogarme y me desmayé. Al despertar, aún lo tenía aferrado a mí.

Me dio varios talonazos en el estómago como castigo por mi intento de liberación, y no tuve más remedio que levantarme y seguir cargándolo, hasta que él decidiera bajarse.



Así anduvimos hasta el anochecer. Así dormí, con las largas y velludas piernas del anciano alrededor de mi cuello. Y así desperté a la mañana siguiente, sin que nada cambiara. Aquel anciano no se bajaba de mis hombros ni siquiera para hacer sus necesidades.

Durante muchos días soporté este trato humillante. Una mañana, el anciano me obligó a pasar bajo unos árboles de los que colgaban grandes calabazas, y se me ocurrió usar uno de aquellos frutos como recipiente. Al pasar, levanté del suelo una calabaza que se había desprendido tiempo atrás, y la fui vaciando mientras caminaba. Bajo una vid corté varios racimos y exprimí las uvas dentro de la calabaza. La tapé y la dejé al sol unos días, hasta que calculé que el jugo de las uvas se habría convertido en vino.

Una mañana en que me sentía particularmente cansado fui a buscar la calabaza y bebí, aunque no tanto como para emborracharme.

Al rato el vino comenzó a hacerme efecto. Empecé a cantar y a dar palmadas, riendo, mientras llevaba a un viejo cada vez más confundido sobre los hombros. Si unos pocos tragos bastaban para producir ese efecto, ¿qué pasaría si se tomaba más?

Dispuesto a averiguarlo, el anciano me obligó a darle la calabaza. Tomó un trago, que al parecer fue de su gusto, y ya no se detuvo hasta que la dejó vacía.

El vino golpeó su cerebro con la fuerza de un martillo. Comenzó a balancearse de un lado al otro y a aplaudir con entusiasmo.



Cuando sentí que aflojaba la presión sobre mi cuello, destrabé sus tobillos rápidamente y me lo saqué de encima. Quedó sentado en el suelo, balanceando la cabeza, totalmente borracho. Y seguramente sigue estando ahí, si ningún otro viajero pasó por aquel jardín.

En cuanto a mí, corrí hacia la playa lo más rápido que pude, y me encontré de repente con unos hombres que me miraban asombrados, con una expresión en la que se mezclaban la curiosidad y el asco. Es que yo me hallaba en un estado lamentable, después de tener a ese viejo encima por tanto tiempo. Accedieron a llevarme hasta su barco, donde pude lavarme y ponerme unas ropas que el capitán me consiguió, después de escuchar mi relato.

También me contó que muchos navegantes conocían de oídas la historia de un hombre así, a quien llamaban “el viejo del Mar”; pero que yo era el primero que había sobrevivido, porque siempre acababa ahogando entre sus muslos a los que caían bajo su servicio.

El capitán me permitió seguir viaje con ellos, y luego de unos días llegamos al puerto de una ciudad costera, que alguien me dijo que se llamaba “Ciudad de los Monos” por la cantidad de pequeños monos que vivían en los árboles de los alrededores.

Bajé acompañando a un mercader que, para hacerme un favor, me dio una bolsa de algodón y me dijo:

—Toma esta bolsa, llénala de piedritas y haz lo que hacen todos, así podrás conseguir un poco de dinero.

Intrigado, actué como me lo había indicado. Entonces vi salir de la ciudad una multitud: todos iban cargados con bolsas



de piedras como la mía. Los seguí sin que nadie se opusiera y caminamos hasta un pequeño valle cercano a la ciudad. Allí crecían unos árboles altísimos, cargados de cocos, y que en lo alto rebullían de monitos.

Cada uno eligió el árbol que era de su gusto y, una vez debajo, todos comenzaron a tirarles piedras a los animales. Estos, furiosos, contestaron arrojando montones de cocos, que fueron a parar a las bolsas. Cuando las bolsas estuvieron llenas, volvimos con nuestra carga a la ciudad, donde un mercader nos compró los cocos.

Durante unos días acompañé a la gente en esta tarea, hasta que reuní una cantidad de dinero suficiente como para comprar otros productos y hasta lograr unas buenas ganancias, lo que me permitió embarcarme en un navío que zarpaba hacia el mar de las Perlas. Tuve la prudencia de llevarme conmigo una gran cantidad de cocos, y en las diversas escalas de la nave los fui cambiando por canela y mostaza, que a su vez vendí al llegar al mar de las Perlas, con la suficiente ganancia como para contratar buzos que trabajaran solo para mí.

Debo reconocer que tuve mucha suerte en este emprendimiento, y poco tiempo después había reunido una considerable fortuna. Pero no quería dilatar más el momento de regresar con mi familia, así que busqué una nave que saliera rumbo a Basora y a la bella Bagdad, y así di fin a mi quinto viaje.

Ahora comamos y bebamos en esta, mi casa, y retirémonos a descansar, porque mañana les contaré el sexto.

* * *



Simbad el Cargador, maravillado de las aventuras que había vivido su benefactor, le agradeció el privilegio de haber sido invitado día a día a su casa para escucharlas. Simbad el Marino sonrió, halagado, y le suplicó que no olvidara volver al día siguiente, pues la sexta aventura haría que las anteriores parecieran excursiones de niños.

Así lo hizo el cargador, de manera que allí estaba después del almuerzo, pendiente de las palabras del marino.





Sexto viaje de Simbad el Marino

Si la paz y la prosperidad fueran el objetivo último de la vida de una persona, yo podría haber regresado de mi quinto viaje y haber pasado el resto de mi vida entre estas paredes, gozando del bienestar de mi familia y sin otra ocupación que el descanso y el placer. Pero no era eso lo que estaba escrito en mi futuro.

Me encontraba frente a la puerta de mi casa, contemplando el ir y venir de la gente que pasaba, cuando se acercaron unos mercaderes. Parecían regresar de un largo viaje.

La imagen despertó en mí el anhelo de lanzarme a la mar nuevamente, y comencé a hacer planes. Al día siguiente, muy temprano, me fui al mercado y adquirí las mejores mercaderías que el dinero puede comprar. En poco tiempo estaba en el puerto de Basora, embarcándome con algunos amigos en una gran nave. Durante las siguientes semanas nos dedicamos a nuestra ocupación favorita: vender lo que traíamos y comprar algo de producción local, que más tarde revenderíamos en otras tierras. Pero luego pasó un tiempo en el cual no tocamos puerto, y un día encontramos al capitán en cubierta, con un aspecto lastimoso.

Estaba desesperado porque la nave había sido arrastrada fuera del mar que él conocía, y temía que corriera peligro, pues en aquellas regiones inexploradas habían desaparecido muchos y muy buenos barcos.



Como dando respuesta a su explicación, un tremendo viento nos golpeó y nos llevó contra una montaña que caía a pico en el mar. El barco no soportó el tremendo golpe y comenzó a hacer agua por todos lados hasta que se hundió. La única salvación era trepar por la montaña y llegar a la cumbre. Muy pocos lo logramos. Toda la isla estaba rodeada de restos de naufragios, y las playas se encontraban regadas de cosas valiosas que la marea había arrastrado hasta allí. Al descender de la montaña comenzamos a seguir un riacho que abruptamente se hundía en una caverna. Lo curioso que llegamos a ver fue que este arroyo tenía sus márgenes sembradas de piedras preciosas.

Vimos árboles de maderas aromáticas creciendo por todos lados, y fuentes de betún[27] naturales, y todo tipo de cosas maravillosas y de gran valor que estaban en esa isla y allí se quedarían, porque ningún barco sobrevivía a las corrientes traicioneras de ese mar.

Mis compañeros y yo dividimos equitativamente las provisiones que logramos salvar. Pero me temo que fui el único que supo administrarlas. En los días siguientes fueron expirando de hambre los que devoraron sin cuidado toda su comida, mientras que yo los sobreviví a todos. No puedo decirles lo triste que estuve al quedarme solo, porque al morir nadie me daría sepultura, y quedaría allí donde cayera, para pasto de las aves de presa. Me culpaba de haber emprendido este viaje, cuando podría haberme quedado en casa, protegido por

27 **Betún:** sustancia negra y pegajosa que se quema con facilidad y produce un humo espeso; en el pasado, se usaba para impermeabilizar barcos.



el amor de la familia. Decidí entonces cavar mi propia tumba. Pensaba que, cuando sintiera llegar la muerte, me echaría allí, y ya se encargaría el viento de cubrirme con arena.

Fui después a lavarme al río, y me quedé largo rato mirando sus aguas, que se internaban en la roca. Pensé que en alguna parte debía desaguar, y que tal vez ahí encontrara la forma de sobrevivir. Mi espíritu aventurero no me había abandonado.

Construí una balsa un poco más angosta que el río, y la cargué de cuantos diamantes, rubíes y perlas pude acumular. Y me lancé a la corriente…

¡No se imaginan el terror que sentí cuando la balsa penetró en la caverna y quedó envuelta en tinieblas! El ruido del torrente era insoportable, y la altura del techo descendía por momentos peligrosamente. No tuve más remedio que acostarme boca abajo y esperar lo que tuviera que suceder. En ese estado me fui quedando dormido, yo diría que por un año… Cuando me desperté, me rodeaba la claridad.

Mi balsa estaba amarrada a la orilla, y un grupo de hindúes me observaban intrigados. Me hablaron, pero yo no comprendía su idioma. Un momento después se nos acercó un musulmán, que me ofreció comida y me preguntó de dónde venía. Cuando pude recuperar mis fuerzas gracias al alimento le conté mi aventura, y tanto se asombró que quiso que se la contara al rey de aquella isla, llamada Serendib.[28] Me acompañó a verlo, y entre varios hombres llevaron también mi balsa con todo su contenido.



28 **Serendib:** antiguo nombre de Sri Lanka, isla ubicada al sudeste de la India.

El rey resultó ser un hombre amable, que escuchó mi historia con mucho interés y me felicitó por haber salvado la vida en aquellas circunstancias. Yo le demostré que no solamente había salvado la vida: abrí uno de los paquetes que traía y le mostré las piedras preciosas. Luego elegí un ejemplar muy hermoso de cada especie y se los regalé.

Los aceptó con gusto, y me invitó a quedarme en su palacio por un tiempo.

Allí hablamos de su tierra y de la mía. Fue entonces cuando me preguntó sobre el modo de gobernar de nuestro califa, Harún Al-Raschid, y yo le conté lo justo y generoso que era y le hablé de sus méritos.

El rey, gratamente impresionado, quiso enviarle al califa un obsequio por mi intermedio. El regalo consistía en una vasija tallada en un solo rubí, completamente llena de perlas redondas y blancas del tamaño de una avellana; la piel de una serpiente enorme que tenía la virtud de curar cualquier enfermedad a quien se acostara sobre ella; doscientos granos de alcanfor, cada uno del tamaño de un higo; dos colmillos de elefante, tan grandes que se necesitaban ocho hombres para acarrearlos, y un cofre repleto de joyas exquisitas.

Yo le prometí al rey que le hablaría al califa de sus virtudes y su buena disposición, para que encontrara en él a un amigo y un aliado, y lo más rápido posible cargué en el puerto mis posesiones y zarpé con rumbo a Basora.

Apenas puse un pie en tierra me encaminé al palacio del califa, llevando el regalo del rey de Serendib. Harún Al-Raschid tuvo la amabilidad de recibirme enseguida, y al ver los magníficos



regalos quiso saber más sobre aquel reino lejano. Le hablé con cariño de aquel rey justo y sabio, de su generosidad, y de la felicidad de su pueblo. Añadí que no podría encontrar otro aliado más poderoso, porque yo había visto con mis propios ojos la riqueza que lo rodeaba.

El califa se mostró encantado con todo lo que le dije, y me hizo valiosos regalos en señal de agradecimiento.

Me despedí de él y corrí a casa, donde ya mi familia estaba avisada de mi regreso y me esperaba ansiosamente. Y entre los brazos de mis seres queridos, di por finalizado mi sexto viaje.

Pero mañana, mis queridos huéspedes, les contaré las peripecias de mi séptimo y último viaje, así que ahora cenemos, descansemos y esperemos el nuevo día…

* * *

Calló Simbad el Marino, y los presentes siguieron por un momento con la cabeza en aquellas tierras lejanas y exóticas, donde las palabras del aventurero los habían llevado. El cargador, maravillado, dio gracias por poder ser un oyente más de esas historias increíbles, y luego de cenar quiso retirarse a su casa. Como las veces anteriores, un sirviente le puso en las manos una bolsa con cien monedas de oro.

La mañana siguiente, Simbad el Cargador, casi irreconocible con sus nuevas ropas, buscó un lugar entre los invitados y se dispuso a escuchar…

Y Simbad el Marino, después de hacer los honores a un almuerzo delicioso, comenzó su relato.



Séptimo viaje de Simbad el Marino

Cuando terminó mi sexto viaje, creí que no habría poder en el universo capaz de arrancarme nuevamente de mi casa. Ya estaba grande para aventuradas expediciones, era el hombre más rico de la región, y el califa me llamaba a su lado con frecuencia para oír de mis labios la historia de mis aventuras.

Pero un día me convocó por otro motivo.

—Simbad —me dijo—, tengo que enviar a alguien al reino de Serendib para contestar como corresponde el saludo del rey y entregarle los regalos que le quiero hacer llegar. Y tú eres quien conoce mejor el camino a esas tierras… ¡Así que prepárate para salir hoy mismo!

Sentí que mi alma caía en los más negros abismos de la desesperación. Hasta ese momento, jamás había logrado terminar un viaje sin correr innumerables peligros y enfrentarme a la muerte cara a cara. La idea de hallarme de nuevo en alta mar me llenó de malos presagios. Pero no estaba hablando con un igual. El que me encomendaba la misión era el emir[29] de los creyentes, Harún Al-Raschid, y no era posible negarse.

—Escucho y obedezco —contesté sin objetar nada, aunque estaba seguro de que me arrepentiría.

Entonces ordenó que me fueran entregados mil dinares de



29 **Emir:** príncipe o caudillo de los árabes.

oro para pagar mis gastos de viaje, y también se hizo cargo del costo de mi pasaje en un poderoso barco anclado en el puerto de Basora, que estaba listo para partir.

Los regalos que debía llevar a Serendib eran los siguientes: tres camas, una de ellas revestida de terciopelo rojo, de altísimo valor en el mercado; cien trajes bordados en finas telas de Alejandría[30] y Kufa,[31] y otros cincuenta, finísimos, de Bagdad; una antigua vasija de cornalina,[32] decorada con un arquero y un león; un conjunto de caballos árabes de pura sangre, y otros presentes de gran valor.

Aunque hice el viaje contra mi voluntad, debo reconocer que los vientos fueron propicios, y alcanzamos la costa de Serendib en solo dos meses. La alegría del rey al verme no se puede describir con palabras, pero aunque a mí me agradó también volver a verlo, me mantuve firme con respecto al tiempo de mi regreso: volvería apenas hubiera descansado convenientemente.

El rey respetó mi decisión y me dejó marchar sin más, de manera que pude volver a embarcarme en el mismo navío.

Al principio tuvimos buen tiempo. Llegamos sin novedades a una isla de notable belleza.

Pero a la semana de abandonarla un viento huracanado tomó el mando de la nave, y por varios días no supimos adónde nos dirigíamos. Cuando la tormenta amainó, el capitán subió a lo alto del palo mayor para observar el horizonte, y bajó con el



30 **Alejandría:** ciudad del norte de Egipto, ubicada en el delta del río Nilo. Su posición estratégica la convirtió en un importantísimo centro cultural durante la Antigüedad.

31 **Kufa:** ciudad de Iraq, situada al sur de Bagdad.

32 **Cornalina:** piedra preciosa de color rojizo.

rostro más blanco que las nubes. Con medias palabras, nos anunció que el vendaval nos había llevado hasta los límites de los mares conocidos, y que en las aguas que recorríamos vivían monstruosas criaturas marinas capaces de devorar sin ninguna dificultad un barco mucho mayor que el nuestro.

Como si sus palabras fueran una llamada, el mar comenzó a encresparse, y vimos que venían hacia la nave tres serpientes fenomenales, cada una mayor que la anterior. La última, alta como una montaña, saltó sobre las otras y enfiló rumbo al barco, abriendo una boca negra como una noche sin estrellas. De un solo bocado tragó las tres cuartas partes de la embarcación, mientras muchos de nosotros saltábamos al mar.

Cuando pude volver a la superficie me aferré a uno de los restos del naufragio, y las corrientes marinas me arrastraron, más muerto que vivo, a una isla donde encontré frutas y agua dulce en cantidad. Nunca más volví a tener noticias de mis compañeros.

Mirando la corriente, rápida y espumosa, recordé aquel riacho de mi sexto viaje, que me condujo hacia la libertad. ¿Valdría la pena correr el riesgo y aventurarme otra vez a confiar mi vida a una balsa?

No lo pensé mucho, porque deseaba más que nada volver con mi familia.

Recogí unas ramas grandes que —aunque no lo sabía en ese momento— eran de una rara especie de sándalo, que en el mercado valía precios astronómicos. Las uní con tallos de plantas trepadoras, la llené de frutas para sobrevivir al viaje y me lancé a la corriente embravecida. No había pasado un minuto, cuando



el salvaje balanceo de mi embarcación me obligó a tirarme boca abajo, entre las frutas. Estaba mareado y descompuesto por la violencia de aquel recorrido.

Cuando me atreví a levantar la cabeza, deseé no haberlo hecho. El torrente, que cada vez adquiría mayor velocidad, se convertía más adelante en un salto al vacío… Una altísima catarata en cuyo fondo, pocos segundos después, flotaría mi cuerpo fracturado y sin vida.

De pronto sentí que la barca se detenía sobre el agua, a pocos metros del desastre: vi que estaba inmovilizada por una red, que varios hombres sujetaban desde la orilla. Me llevaron a tierra, junto con mi balsa, y un hombre anciano, de larga barba blanca, me ofreció ropas secas y calientes, mientras me daba la bienvenida.

Después este respetable hombre me llevó a su casa, sin decir ni una palabra, y toda su familia salió a recibirme amistosamente. Me dieron de comer y beber manjares dignos de un rey y me dejaron en una habitación para que pasara la noche cómodamente, rodeado de sirvientes dispuestos a cumplir cualquier deseo que me pasara por la cabeza.

Durante tres días disfruté de este tratamiento, sin que nadie me preguntara nada.

A la mañana del cuarto día, el anciano vino a sentarse a mi lado y me preguntó mi nombre y el porqué de mi presencia allí. Entonces le conté mi historia de principio a fin, sin olvidar ningún detalle.

Él me expresó la alegría que sentía por haberme salvado, y me recomendó que, si quería vender mis mercancías en su pueblo, aceptara sus consejos.



Yo no sabía de qué estaba hablando. Mis mercancías estaban en el estómago de una colosal serpiente marina, junto con el barco que me transportaba y el resto de la tripulación.

Creyendo que tal vez el hombre fuera un chiflado pacífico, le seguí la corriente, y con gusto acepté su sabio consejo.

—¡Te acompaño entonces al mercado! —me dijo. Y me condujo a una subasta pública.

Después de todo, sí había allí algo mío: la balsa… Y estaba rodeada por una multitud de comerciantes que la miraban con veneración.

—La calidad del sándalo que has traído es maravillosa —me confió en voz baja—. Tal vez no haya en el mundo otra que se le compare.

Y acercándose al principal, le indicó que comenzara la subasta, con un precio base de mil dinares. ¡Una fortuna!

Pero los comerciantes pujaban sin darse por vencidos, y al rato el precio ofrecido era de diez mil dinares. Como nadie pujó nuevamente, el principal me miró, interrogándome. ¿Estaba dispuesto a venderlo a ese valor?

Al verme dudar, el anciano me dijo que no lograría un precio mejor, a menos que consintiera en vendérselo a él por diez mil cien dinares.

Acepté con agradecimiento su propuesta, así que fuimos a su casa, donde me entregó inmediatamente el dinero.

Luego me invitó a comer, y cuando estábamos terminando una deliciosa comida me dijo:



—Quiero proponerte algo… Yo ya estoy muy viejo, y no tengo hijos varones que hereden mis bienes. En cambio, sí tengo una hija, muy joven todavía, bella y encantadora. Quisiera que la aceptes por esposa, y que vivas aquí, como uno de nosotros. A cambio de eso, serás amo de todos los que hasta hoy dirigió mi mano, y dueño de todo lo que poseo, que es una fortuna incalculable.

Como yo no sabía qué contestarle y guardaba silencio, añadió:

—Piensa también que, el día que yo muera, podrás regresar a tu tierra con tu fortuna y tu esposa, mi hija. No te exijo que te quedes ni un día más que el tiempo que me queda por vivir…

Ante estas palabras, no pude menos que aceptar, por agradecimiento a aquel hombre magnánimo.

Feliz, hizo llamar al cadí[33] y a los testigos, y celebramos la boda. Luego conocí a mi segunda esposa, una joven de verdad hermosa e inteligente, perfecta en muchos sentidos. Y las joyas que tenía puestas valían el equivalente del rescate de un califa. Pero el oro y las joyas dejaron de tener sentido cuando me vi reflejado en sus ojos… Nos enamoramos.

Así que me quedé en esa tierra por la promesa que le había hecho a aquel hombre, pero no puedo decir que lo haya pasado mal. Todos me respetaban y apreciaban, y yo les tomé un afecto sincero.

El padre de mi esposa falleció poco tiempo después de la boda, y no recuerdo haber estado tan triste en toda mi vida por

33 **Cadí:** entre los árabes, juez que se ocupa de los asuntos civiles.

la muerte de otra persona. Luego de los funerales, me nombraron jefe de mercaderes de la ciudad y fui el dueño absoluto de sus criados, sus bienes y sus posesiones.

Pero en ese pueblo ocurría algo extraño, que yo no fui capaz de imaginar hasta el día en que lo descubrí: los hombres —no las mujeres ni los niños, solo los hombres—, una vez al año, durante la primavera, pasaban por una transformación muy particular. De los hombros les brotaban unas plumitas, que rápidamente se convertían en unas poderosas alas, de manera que podían largarse a volar por el cielo, alejándose de la ciudad.

Aunque me costó bastante acostumbrarme, y al final lo consideraba normal en cierta época del año, a medida que pasaba el tiempo envidiaba cada vez más a aquellos hombres, que surcaban el único reino que yo nunca había visitado: el aéreo.

Tanto me molestaba ese sentimiento, que finalmente decidí pedirle a uno de ellos que me llevara con él en su siguiente vuelo. Después de mucho insistirle estuvo de acuerdo, y me dejó colgarme de su cintura. Ascendió en línea recta, y tan alto llegamos, que me pareció escuchar un coro de ángeles.

—¡Bendito sea Alá! —exclamé, en el colmo de la felicidad.

Pero, no bien pronuncié estas palabras, nos precipitamos a tierra. El hombre alado me dejó en la cima de una montaña y volvió a remontar el vuelo, mientras me miraba con odio feroz.

Me quedé solo, lejos de la ciudad, perdido en lo alto de una montaña desconocida. Y pensé que realmente lo merecía.

En eso pasaron dos muchachos, y uno de ellos me dio un bastón de oro luego de señalarme un sendero. Entonces desaparecieron.



No llevaba mucho tiempo caminando en la dirección que me habían indicado, cuando descubrí una serpiente de tamaño descomunal. Llevaba en las fauces un hombre, del cual solamente se veían la cabeza y los brazos. Con el bastón de oro golpeé a la horrible serpiente en la cabeza, con tanta fuerza que la dejé inconsciente y pude ayudar a su víctima a salir.

Me sorprendí al ver que se trataba del mismo hombre que me había dejado en la cumbre de la montaña unas horas antes. Me explicó que, al pronunciar el nombre de Alá, yo lo había hecho caer, pues a todos los hombres alados la mención de ese nombre en voz alta les producía el mismo efecto.

Le prometí que no volvería a hacerlo, si me llevaba de vuelta a casa. Estuvo de acuerdo, y en unos minutos yo me encontraba parado en mi azotea.

Mi esposa, que había estado muy preocupada por mi ausencia, me explicó que aquellos hombres eran hermanos de los demonios, y que mi difunto suegro había vivido allí pero sin compartir su forma de vida ni sus costumbres. Angustiada ante la idea de que yo pudiera poner mi existencia en peligro otra vez, me suplicó que nos fuéramos a Bagdad, con todas nuestras posesiones y sirvientes, lo más pronto posible.

Sus palabras despertaron en mí una gran nostalgia por mi familia, y un irresistible deseo de volver a ver Bagdad, la ciudad de paz, que nunca había dejado de brillar en mi corazón.

Fue así como regresé, después de convertir en oro todas nuestras propiedades y de contratar un barco confortable que nos trajo sin tropiezos.

Y ese fue el fin de mi séptimo y último viaje.



* * *

Cuando Simbad el Marino terminó su relato, se dirigió a Simbad el Cargador para decirle:

—Mira, humilde cargador que te llamas como yo, cuántos peligros, cuántos sinsabores, cuántas penas, cuántos terrores y cuántas sorpresas puso la Fortuna en mi camino. Piensa si tu suerte de cargador no ha sido más llevadera…

Y el cargador respondió:

—Tienes toda la razón, mi señor.

Simbad el Marino mandó entonces poner el mantel para los invitados, y ofreció una fiesta que duró treinta días con sus noches.

Y no despidió al cargador, sino que lo contrató como su mayordomo.

Y fueron grandes amigos durante muchos años aún, hasta que llegó de visita aquella que vuelve vacías las delicias, deshace las amistades, cubre de arena los grandes palacios y desmorona los monumentos: la inevitable muerte.

¡Pero las grandes historias no morirán jamás!

